

La necesidad de Maastricht

El debate sobre Maastricht es un debate tardío. Se hubiera comprendido un debate amplio, incluso con intercambio de puntos de vista fundamentalistas; si hubiera ocurrido antes de la firma del acuerdo. Ahora estamos en una discusión en tono subido, casi con efecto retroactivo, poniendo en cuestión, ya no sólo las metas que marca Maastricht, sino el método mismo que se ha seguido desde hace 40 años para hacer avanzar la unión europea. ¿Qué método se seguía? Ciertamente no era el del referéndum o del plebiscito. Se iniciaba un desarrollo comunitario sector por sector, según la idea ciertamente original y de alcance de Monnet, se iban integrando intereses hasta llevar la cooperación interestatal a una cualidad supranacional. Así se iba cambiando poco a poco la concienciación del público europeo. Se trataba de ir haciendo la andadura europea sutilmente, si se quiere, aplicando la tesis marxista de que «el Ser es la Conciencia». (Das Sein ist das Bewußtsein). ¿Qué se quería alcanzar por esta vía?, se quería evitar que se produjeran de nuevo conflictos nacionales en Europa occidental, los que habían dado lugar a dos Guerras Mundiales; al mismo tiempo se pretendía llegar a formas nuevas de gobierno supranacionales más en consonancia con las comunicaciones modernas, la interacción de los agentes económicos en merca-

**GUIDO
BRUNNER**

«El debate sobre Maastricht, a mi manera de ver, ha sido desafortunado porque ha dividido a muchos que se sienten europeos.»



dos amplios que rebasaba con mucho la capacidad de gestión de los gobiernos. De paso, se quería poco a poco aumentar el peso de una unión europea en el mundo, ya que la fragmentación estatal en Estados-Nación, tal como se habían desarrollado desde el siglo XIX en Europa, era un obstáculo para que Europa pudiera con plenitud ejercer su influencia en el mundo. Este método dio lugar inicialmente a la Comunidad del Carbón y del Acero, a EURATOM y al Tratado de Roma. En todos ellos se prevé un papel de impulsión para la Comisión Europea, para la eurocracia que tanto se critica ahora. La Comisión Europea ha jugado este papel con gran éxito a través de etapas distintas, algunas veces con debilidades que tenían su origen en que no disponía de personal suficiente, no podía competir, inicialmente, con algunas administraciones nacionales.

La Comisión Europea avanzó por ese camino de la integración impulsando la legislación europea que los Consejos de Ministros se encargaban de promulgar. Evidentemente, era imposible construir una entidad europea sin que hubiera leyes comunes. Así se explica el desarrollo creciente del Tribunal de Justicia de Luxemburgo que ha sentado jurisprudencia en muchos casos y que se ha convertido en un factor de equilibrio entre la Comisión Europea, los estados nacionales y, ahora también, el Parlamento europeo. Tenemos por lo tanto en Europa, ya, un sistema de derecho, con poderes que están ordenados y supervisados por un Tribunal de Justicia, y este Tribunal de Justicia está adquiriendo cada vez más peso. Así, el europeo puede comenzar a sentirse ya portador de derechos y de obligaciones ciudadanas que trascienden sus derechos y obligaciones nacionales, estamos acercándonos a la ciudadanía europea. Expresión de esto ha sido la elección directa del Parlamento Europeo. Este Parlamento no tiene grandes poderes, pero van en aumento y, ahora con Maastricht, controlará también, en cierto modo, el brazo ejecutivo que es la Comisión. El debate sobre Maastricht, a mi manera de ver, ha sido desafortunado porque ha dividido a muchos que se sienten europeos. La causa de ello ha sido plantearlo en forma de consultas populares. En un referéndum las connotaciones de política interior prevalecen. El «Sí» o «No» va en función de querer echar o conservar al gobierno de turno. Nadie lo dice, se plantea con mil enmascaramientos.

Si en 1950 hubiéramos iniciado la andadura europea con un referéndum no tendríamos hoy nada, ya que en el momento en que se instaura la Comunidad del Carbón y del Acero, Francia y Alemania acababan de salir de una guerra terrible, y las poblaciones de un lado y otro no sentían la menor atracción hacia la idea de soberanía compartida. ¿Cómo están las cosas ahora? Ha habido un debate prolijo, se han llenado los periódicos. ¿Qué ha dicho el pueblo danés, el francés?; no sabe, no contesta. La moneda lanzada al aire ha caído de canto.

Todo esto no hubiera sucedido si en el referéndum danés hubiera habido un voto afirmativo. En ese caso se

«Los alemanes son ochenta millones, son un país rico. Habrá que partir de la idea de que ahí están.»



hubiera ratificado el tratado, y nadie hubiera vuelto a hablar de la cosa. El descubrimiento de Maastricht y la posibilidad de discutirlo profundamente con todas las implicaciones y coloraciones que quepa imaginar nace de que un 0,46 por 100 de la población danesa, a su vez con cuatro millones de habitantes sobre poco más o menos el 1,5 por 100 de la población de la Comunidad Europea se inclina por el no. Ello se une a una situación económica muy volátil que junto con la incertidumbre de este ambiente político conduce a que se desplomen monedas, tengan que salir algunas del sistema monetario. Conviene señalarlo para que los europeos no crean que este tipo de agitación sale gratis. El efecto que produce es claramente recesionalista en una Europa ya de por sí en precariedad económica, desasosiego público y desconfianza hacia las instituciones existentes. Estamos pagando muy caro el debate sobre Maastricht. Y es más, ahora lo estamos continuando, cuando ya es obvio que Maastricht se va a ratificar, que la política sigue adelante. Porque los mecanismos de funcionamiento, en una comunidad complicada como la europea no permiten un continuo hacer y deshacer. La política tira por la calle de enmedio y ratificará el acuerdo. Lo único que habremos conseguido quizá —demos una lectura positiva de toda esta discusión— es aclarar algunos puntos. Me temo que hayamos conseguido también difuminar en gran medida las magníficas realizaciones que se han conseguido en la Europa Comunitaria hasta ahora.

En un momento en que Estados Unidos, Canadá y México imitan, en algunos aspectos, el modelo comunitario; en que en Europa del Este todos se sienten atraídos por este modelo, los europeos comunitarios mismos son los que empiezan a dudar de la bondad del método que se ha seguido durante 40 años. Les ha conducido, nada menos que a crear el espacio económico común mayor que existe, y algo que no tiene nombre, que unos llaman Unión, que otros llaman principio de Confederación, otros principio de Federación, y que redundo en que los europeos aunando esfuerzos, fusionando soberanías, en sectores parciales, vayan recuperando su papel en el mundo.

¡Claro, Maastricht no es una panacea! ¡Maastricht tampoco es una etapa final, Maastricht es una meta, es una meta que se alcanzará posiblemente en el momento previsto!, quizá no. Pero si no se marcan metas lo alcanzado se diluye. Entre las metas tiene que estar la de la moneda común. Ciertamente la moneda común no conduce necesariamente a la unión política. Una moneda común sin unión política puede funcionar perfectamente; tampoco conduce de por sí a la convergencia de las economías. Pero tiene un efecto fundamental: si se crea un Banco Central Europeo independiente, se libra a la moneda del gravamen que supone estar pendiente de las coyunturas políticas y del ciclo económico en cada país y de las presiones sobre los gobiernos. Para la estabilidad a largo plazo de una economía, ello es de una importancia enorme. ¡Que tiene problemas!, que si no va acompañado

«No nos podemos plantear en Europa cuestiones equivocadas, porque las falacias nos dificultan el progreso, Maastricht es progreso.»



«¿ Qué hubiera ocurrido si en los años 70, después de la primera crisis energética, no se hubiera impuesto la doctrina de estabilidad monetaria del mundo alemán?»



este proceso de una política social es muy difícil para países pobres mantener la disciplina, cierto. Pero ¿en qué situación estaría Europa, en general?, si no hubiera habido un Sistema Monetario Europeo, que no siendo tan perfecto como al que aspira Maastricht, ya establece un cierto grado de disciplina.

¿Qué hubiera ocurrido si en los años 70, después de la primera crisis energética, no se hubiera impuesto la doctrina de estabilidad monetaria del mundo alemán?

Esta doctrina, hasta entonces muy debatida, muchos economistas decían que un poco de inflación no importa, que puede ser bueno, esta opinión, para incentivar la economía. A partir de la crisis energética cesó de ser doctrina imperante, y se impuso la doctrina alemana.

Sin ella, ¿dónde estaríamos en cuanto a tasas de inflación?, ¿qué trabas administrativas no existirían para el libre comercio?, ¿qué situación tendrían los pensionistas y los pobres que son siempre los que pagan la inflación?, ¿en qué situación estaríamos en cuanto al paro? Europa no hubiera podido sobreponerse a las dos crisis energéticas, la del año 73 y la del año 82, y no tendríamos el mercado único. El tratado de Maastricht constituye un punto de equilibrio entre dos tendencias divergentes, la doctrina federalista y la tesis inglesa que quería parar la evolución europea en el mercado único. Según ella toda idea de unión política equivale a centralizar poderes en Bruselas. ¿Por qué piensan esto los ingleses? Porque no conocen el federalismo. Inglaterra es un país regido desde Londres.

Hay intentos múltiples en los últimos años de trasladar poderes a las regiones, lo que llaman «devolution», pero hasta ahora sin gran resultado. En la República Federal de Alemania, por el contrario, donde está el poder esencial y originario es en las autonomías, que se unen en una Constitución común, delegando algunos poderes al centro. He ahí las dos tesis contrapuestas. Había que unir las, de alguna forma, y ello es difícil si se enfrentan tradiciones de siglos. En Maastricht se ha conseguido con ambigüedades y fórmulas transitorias. El curso del tiempo dirá con qué resultado final.

Queda el problema de la eurocracia. Es necesaria, todos los sabemos. ¿Por qué ha surgido esta súbita ola de aversión hacia ella? En mi opinión se debe a que en Bruselas no hay opinión pública europea y a que se analizan los desarrollos de Bruselas desde un punto de vista esencialmente técnico.

¿Dónde está esa opinión pública europea? ¿Está en las distintas capitales? ¿Cómo se manifiesta? Se manifiesta, siempre con una dosis de política interior. Por tanto, en la información sobre el proceso en Bruselas hay un elemento de renacionalización del proceso europeo, ya que la política interior, por su propia definición es política dentro del ámbito nacional que acaba donde se ve la última bandera en la frontera.

Esto es lo que hace tan difícil y complicado el papel de los eurócratas; es de difícil lectura. Les faltan abogados defensores en el ámbito nacional.

Si hubiéramos tenido una televisión europea desde hace diez años, si hubiéramos tenido todo un cuerpo de informadores sobre la gran construcción europea, desligándola de los procesos de política interior, todo el debate sobre Maas-tricht hubiera transcurrido por otros cauces. Por último, ¿en qué medida el debate sobre Maastricht es un debate larvado sobre el papel de la Alemania unida? Los alemanes son ochenta millones y tienen, aunque sólo fuera por número de población, una economía de peso dentro del conjunto. Adicionalmente tienen estructuras industriales y de servicios muy avanzadas, son un país rico. Habrá que partir de la idea de que ahí están. Por lo tanto, si yo fuera vecino de Alemania, no me pararía a considerar si me gustan o no me gustan, al igual que no me paro a considerar cuando estoy en El Escorial si el pico de Avantos me parece demasiado alto o demasiado pequeño.

Lo que tengo que hacer es organizar mi vida lo mejor posible en ese entorno. Todo recelo, toda susceptibilidad sólo conduce a dificultar la relación entre las personas. Estamos en la Europa de fines de siglo, en un momento en que nos deberíamos dar cuenta de que la tecnología, la economía, determinan en tal medida nuestra vida diaria, que lo que nos conviene es encontrar formas de organización común que reflejen la interrelación técnica y económica que tenemos.

Es interesante ver que en el referéndum francés son personas mayores las que manifiestan recelos antialemanes. Los jóvenes o los de edad mediana ya no tienen motivos para ello. Para esos ciudadanos lo que cuenta es el presente y el futuro.

La psique colectiva del alemán del año 1912 no tiene nada que ver con la psique colectiva del alemán de 1992. No nos podemos plantear en Europa cuestiones equivocadas, porque las falacias nos dificultan el progreso, Maastricht es progreso.

«Si hubiéramos tenido una televisión europea desde hace diez años, si hubiéramos tenido todo un cuerpo de informadores, el debate sobre Maastricht hubiera transcurrido por otros cauces.»

